



historia y cultura

# MIENTRAS LA CIUDAD DUERME

pistoleros, policías y periodistas  
en buenos aires, 1920-1945

lila caimari



siglo veintiuno  
editores

Librería García Cambeiro

## lila caimari

Es historiadora. Graduada en la Universidad Nacional de La Plata, obtuvo el doctorado en el Instituto de Estudios Políticos de París. Es investigadora del CONICET y docente en el Posgrado en Historia de la Universidad de San Andrés. Es autora de *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina, 1943-1955*. Sus trabajos sobre la cuestión criminal han sido publicados en tres libros: *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*; *La ley de los profanos. Delito, justicia y cultura en Buenos Aires (1880-1940)* (del que fue compiladora) y *La ciudad y el crimen. Delito y vida cotidiana en Buenos Aires, 1880-1940*. Es autora de numerosos artículos y capítulos de libros sobre dimensiones diversas de la historia social y cultural argentina. Actualmente investiga sobre policía y cultura urbana.

# Índice

|                                                                        |     |
|------------------------------------------------------------------------|-----|
| <b>Abreviaturas</b>                                                    | 11  |
| <b>Introducción</b>                                                    | 13  |
| Agradecimientos                                                        | 24  |
| <b>1. Pistoleros</b>                                                   | 27  |
| Delito, consumo y tecnología                                           | 34  |
| Hombres armados                                                        | 45  |
| El pistolero criollo: una tipología                                    | 54  |
| <b>2. Lenguajes del delito</b>                                         | 59  |
| “Suceso de cinematográficos aspectos”                                  | 61  |
| Secuestros                                                             | 75  |
| Melodrama y morfología de un crimen                                    | 80  |
| Secuestro e ideología penal, o la resurrección<br>de la pena de muerte | 83  |
| <b>3. La ciudad y el orden</b>                                         | 91  |
| Golpe y represión                                                      | 93  |
| Crisis de gobernabilidad y ley policial                                | 96  |
| La gran colecta por la seguridad pública                               | 103 |
| <b>4. Detectar el desorden</b>                                         | 115 |
| En busca del policía metropolitano                                     | 116 |
| Detectar el desorden                                                   | 123 |
| La radio y el patrullero. Sueños policiales<br>de modernidad técnica   | 133 |
| Comunicaciones al servicio del orden                                   | 142 |
| <b>5. Los lugares del desorden</b>                                     | 153 |
| Bajo fondo y suburbio                                                  | 156 |
| El verde y el vicio                                                    | 163 |

|                                                    |     |
|----------------------------------------------------|-----|
| Al otro lado del puente                            | 169 |
| Defenderse del suburbio                            | 175 |
| Cierre, con dos preguntas sobre la policía porteña | 184 |

|                                                                           |            |
|---------------------------------------------------------------------------|------------|
| <b>6. Mientras la ciudad duerme. Policía e imaginación social</b>         | <b>187</b> |
| Policía y pueblo                                                          | 187        |
| El triunfo del vigilante de la esquina                                    | 192        |
| Cultura para la "familia policial"                                        | 193        |
| Mientras la ciudad duerme: crónicas de un héroe plebeyo                   | 197        |
| Melodramas policiales: sobre el lazo sentimental entre estado y ciudadano | 205        |
| Policía y conflicto social                                                | 213        |
| <b>Notas</b>                                                              | <b>219</b> |
| <b>Nota de la autora</b>                                                  | <b>245</b> |

## Introducción

Este libro sobre la cuestión del orden en Buenos Aires durante los años de entreguerras nació por un camino lateral y se fue haciendo con los desvíos, demoras y distracciones que me deparó el intento de dar cuenta de *otro* problema, bastante más acotado. Ese tema inicial era a su vez la secuela de un trabajo previo, sobre la historia social de las ideas punitivas. Reconstruyo los pasos de aquel periplo.

Comienza por mi interés en los discursos de finales del siglo XIX que constituían la cantera de conceptos, imágenes y metáforas de las figuras del delincuente moderno. En ese marco, trataba de entender la relación entre los circuitos de criminólogos y de “profanos”: entre el *voyeurismo* de las revistas de psiquiatría y el de los diarios comerciales. Revisando prensa, hago un hallazgo intrigante. Al promediar la década de 1920, el lugar estelar de las “causas célebres” es ocupado por asaltos que ponen en escena una forma de espectacularidad absolutamente diferente. Los grandes casos del 1900 eran crímenes privados, descritos con lenguajes naturalista-cientificistas salpicados de guiños detectivescos. Los ilustradores y periodistas de los años treinta, en cambio, se inspiran en el cine y la historieta de aventuras. Se desinteresan del pasado biológico de los sospechosos para concentrarse en los detalles de su *performance*: en sus autos, sus armas, su ropa, su eficacia operativa. Para solaz de los lectores, crónicas armadas con fotos y epígrafes reconstruyen excitantes tiroteos y persecuciones en las calles. Se habla de los émulos porteños de Al Capone. A medida que avanzo, compruebo que la policía gana protagonismo en la nota del crimen, mientras se desdibujan los criminólogos cuya huella me había propuesto seguir. Patrulleros, radios y armas de repetición prometen control de la ciudad “a toda hora”. Tomo nota: en algún momento volveré sobre el espectáculo de los pistoleros y los policías de entreguerras.

Ese momento tarda en llegar. Y cuando finalmente llega, es para descubrir que la investigación prevista —una historia cultural del periodismo del crimen, o quizás una genealogía de la figura del delincuente en los

lenguajes de la comunicación masiva— debe transformarse en otra investigación, que restringe los límites cronológicos para replantear radicalmente su espectro temático. Es que a poco andar, las transformaciones en el periodismo dejan de ser suficientes para explicar evidencias francamente abrumadoras. Ante ellas me rindo: tras el giro en la sección policial hay mucho más que una novedad del sensacionalismo. Hay prácticas que han mutado y se han acelerado, formas inéditas de la violencia, nuevas tecnologías estatales de la percepción del desorden... Además de su atractivo para una historiografía específica —de las prácticas ilegales, del miedo al delito o de la represión del crimen—, estos episodios condensan elementos que son muy propios del período en general, pero que se han mantenido relativamente ausentes de las narrativas historiográficas. Permiten hacer una historia del crimen, entonces. Pero también, una historia *desde* el crimen.

De modo que cruzo (esta vez en dirección inversa) el borroso límite entre prácticas y representaciones, en busca de una explicación más completa a estas primeras planas de asaltos, tiros y fugas. Lo que encuentro constituye el núcleo de los ensayos que componen este libro. Por persuasión gradual, fueron agregándose a una pesquisa inicial sobre el espectáculo del delito en la era de consolidación de las industrias culturales, modificándola y recolocándola. El orden de los capítulos va siguiendo el curso de mis preguntas. Están unidos por cierta lógica (no cronológica) de la argumentación, y por algunas preocupaciones generales: el crecimiento urbano, dimensiones filosas y sobresaltadas de la modernidad, los usos polivalentes de la tecnología en un momento de acceso masivo a ciertos artefactos clave, los lenguajes de la cultura de masas... La base documental no está hecha (como había previsto) de diarios comerciales y revistas científicas, sino de esos diarios y piezas encontrados en los archivos de la policía porteña, adonde llego en busca de datos sobre los pistoleros. A poco andar, descubro que esos papeles hablan más y mejor de la cuestión del orden en la ciudad y su entorno que de esa forma singular de desorden que es el delito (aunque ese sea uno de los temas que reclaman para sí). Por esa vía, me voy acercando a escenarios ya conocidos por la historia.<sup>1</sup>

En las dos décadas que median entre las guerras mundiales, la población porteña salta de un millón y medio a dos millones y medio de habitantes, aproximadamente. Expansión demográfica y expansión urbana. Desde comienzos del siglo, la superficie ocupada crece sin cesar siguiendo el tendido de los transportes públicos (tranvías y ferrocarriles primero, colectivos después). “Mi barrio tiene quince años y ya es viejo”,

comenta en 1928 una nota en *El Hogar*.<sup>2</sup> El motor de este movimiento está compuesto de casas unifamiliares. Como resultado del acceso a la propiedad inmobiliaria y de la extensión del equipamiento (electricidad, infraestructura sanitaria, etc.), aumenta la superficie de la trama urbana, a la vez que descende la densidad media por sección.<sup>3</sup> Este extraordinario crecimiento, resumido en la figura de la mudanza de los atestados conventillos del centro a esos barrios/frontera que se pueblan de recién llegados, ha provisto el marco de observación de muchos aspectos de la vida porteña: su asociacionismo febril, sus empresas de promoción de la lectura, la práctica de la política, las culturas urbanas... Vuelvo sobre esos ámbitos con la ayuda de fuentes que han sido marginales a dicha reconstrucción: la prensa popular –en sus secciones “menores”: “policiales”, “municipales”, corresponsalías suburbanas– y la institución estatal más presente en el espacio público, lo cotidiano y la trama de la “baja” política, la Policía de la Capital. Seguir a los vigilantes porteños es una tarea puntuada de desafíos metodológicos, como veremos. Pero este libro nace de la certeza de que ese riesgo vale la pena, porque permite sacar partido de un punto de vista que se reclama conocedor como ninguno de lo que ocurre en las calles, que documenta lo grande y lo nimio, que informa sobre la circulación (entre el centro y los barrios, entre Buenos Aires y su entorno), que se coloca en contigüidad (tensa, intersticial) con tantas expresiones de la cultura más popular. Y porque al ir desplegándose un archivo de estos temas, la mirada sobre formas singulares del desorden como el delito o la protesta política va dejando paso a la pregunta más general sobre la construcción de un orden callejero, y de un orden social.

¿De qué manera interviene esta evidencia en la interpretación sobre la ciudad de aquellos años? No es el “reverso oculto” de una narrativa que ha sido esencialmente optimista, ni reemplaza con los datos más oscuros del ya de por sí oscuro archivo policial interpretaciones hechas de variables menos dramáticas. No revierte la trama, entonces, pero le inyecta tensión. Atiende a esa forma latente de violencia que hay allí donde la inestabilidad del ascenso y el descenso, del triunfo y la frustración, es un rasgo dominante. Se interroga por la cuestión del orden en un período que es a la vez de radical transformación y de demarcación de los límites de ese proceso, de promesa pero también de comprobación de las fronteras de esa promesa, de logros materiales individuales y de ansiedad por la fragilidad de esos recentísimos logros. Observa expresiones de la cultura de las mayorías que describen impulsos menos atendidos hasta ahora, en la medida en que no se acomodan a la pregunta por la ciudadanía

política o la creencia en los poderes transformadores de la instrucción (aunque estas dimensiones también estén presentes). La imagen resultante es quizá menos fotogénica que la que hemos cultivado hasta aquí. Seguramente es menos virtuosa y optimista. Junto a las muchas bibliotecas populares, hay algún que otro garito (popular también). Ojalá que, al final del camino, estos ensayos hayan contribuido a hacer cada vez más reconocible un cuadro hecho a muchas manos, como se hace la historia.

En los años de entreguerras, Buenos Aires es considerada una ciudad moderna por los que la observan y los que la viven. No importa cuál sea el indicador (infraestructura edilicia, equipamiento urbano, pautas de consumo material o cultural), la descripción es muchas veces confirmada. De una u otra manera, los episodios escogidos para el análisis son producto (inesperado, no siempre deseado) de esta característica, cuya entidad histórica es una premisa de base. Que esta modernización sea calificada –como incompleta, despareja, desigual–, que esté sobresaltada de contrastes o que se deploren sus consecuencias con argumentos morales no hace más que confirmar sus ineludibles efectos.

Este proceso está cargado, sabemos, de efectos subjetivos: de *modernidad*. Temprana y a la vez “periférica”, la modernidad porteña de mezcla ha sido caracterizada en estudios decisivos sobre los años veinte y treinta.<sup>4</sup> Los ensayos aquí reunidos son tributarios de esta reflexión, pero parten de otro cruce entre periodismo, literatura y transformación urbana. Sus hipótesis están marcadas por los rumbos de una historia cultural muy imbricada con lo social, que mantiene un compromiso fuerte con el archivo; que se interroga por las representaciones, pero también por las prácticas, y cada tanto recurre a la observación fenomenológica para hacer explícito lo que difiere de la experiencia pasada de lo moderno. Reflexionar sobre las prácticas, dice Pierre Bourdieu, permite ver “todo lo que está inscrito en la relación de familiaridad con el medio familiar, la aprehensión incuestionada del mundo social que, por definición, no reflexiona sobre sí y excluye la pregunta por sus condiciones de posibilidad”.<sup>5</sup> En historia, esta operación de “desfamiliarización” se plantea atendiendo a lo que resultaba familiar para los habitantes del mundo reconstruido y parece extraño en el presente del libro que lo narra. (O a la inversa: mostrando la perplejidad de quienes vivían en el pasado ante situaciones que hoy damos por sentadas.) Dicho ejercicio asoma aquí en la pregunta por las apropiaciones de la tecnología de época, tomando dos elementos en particular (ambos indisociablemente unidos al diagnóstico del “nuevo crimen”): el automóvil y las armas de fuego. En varias ocasiones se revisa la “vida social” de estos artefactos: la legal y la ilegal.<sup>6</sup>



Esos Ford T y esas pistolas Colt que tanta fascinación (y tantas quejas) suscitan entre los contemporáneos funcionan como hitos de una *pista material* que condiciona la experiencia de lo urbano moderno y que subyace a varios temas aquí tratados: la circulación entre la ciudad y el suburbio, las formas de la violencia, las técnicas de percepción del desorden.

Buenos Aires, la ciudad moderna, es escenario de oportunidades ascendentes para grandes grupos. "Grandes grupos" no significa "todos los grupos", ni tampoco "todos dentro de los grupos beneficiados". Los procesos de movilidad social deben ser pensados en términos relativos, contienen lógicas de selección. En este caso, esa lógica favorece a los inmigrantes europeos y sus descendientes, es decir, a una porción sustantiva de la población porteña, que en este aspecto difiere de la población de otras regiones del país.<sup>7</sup> La emergencia de un amplio y heterogéneo estrato afectado por la bonanza económica de los años veinte y la expansión del acceso a la educación y la vivienda también modula los planteos de este libro. De este proceso, se examinan las *consecuencias* de la modernización y el cambio social, con todas las ambivalencias que despierta un momento de despliegue de los frutos de la integración y de evidencia incisiva de sus límites: las atracciones de lo moderno junto a sus puntas disonantes.

Porque es más moderna, Buenos Aires es más compleja y se encuentra más friccionada. Las chispas de la crónica del "nuevo delito" no saltan sobre un trasfondo sereno, sino sobre la trama incierta y heterogénea de una sociedad inestable. Por eso la noticia del gran asalto suscita mucho más que reflexiones sobre el crimen: hay estupor ante los usos "perversos" de la tecnología, disgusto por formas de la ilegalidad que revelan materialismo sin frenos, condena de la violencia que da por tierra con códigos consagrados, pronósticos ominosos sobre las consecuencias del berretín de Hollywood...

Acompañando el aprendizaje de la convivencia con estas novedades, que imponen su ritmo en Buenos Aires con mayor rapidez que en otras ciudades del continente, está la letanía de variantes del gran tema de la pérdida de un pasado de dorada armonía. Nostalgia y melancólica enumeración de valores perdidos son maneras de organizar la temporalidad muy propias de contextos de modernización y ruptura. Quienes viven momentos de cambio acelerado tienden a compensar la desorientación y sensación de desposesión con estructuras imaginarias del pasado que sostienen un "deseo de volver".<sup>8</sup> Conocemos bien las inflexiones del pensamiento antimoderno que genera la modernización porteña. Partiendo de la observación del experimento, escritores como Leopoldo Lugones

o Manuel Gálvez organizan, desde los años del Centenario, una constelación de tópicos evocada sin cesar en las décadas siguientes: disolución de la esencia nacional en el cosmopolitismo, mercantilización de la vida urbana, craso materialismo, debilitamiento moral...<sup>9</sup> Este libro llama la atención sobre el desarrollo de un sustrato crítico menos articulado: sobre las formas de existencia (y coexistencia) de los temas de la reacción en la gris cotidianidad, un nivel que resulta pertinente a la hora de explicar cuestiones consideradas muy propias del antiliberalismo de entreguerras, como la apelación al catolicismo o la resurrección de la pena de muerte. No tiene un vocero ni un origen discernibles, aunque es posible ver un momento de cristalización en la secuencia anticlimática de la crisis de 1930.

Sabemos que la gigantesca síncope que interrumpe la curva de la prosperidad pampeana no produce consecuencias tan profundas ni tan duraderas como en otras sociedades. También sabemos que el crecimiento económico de la década previa ha producido mejoras palpables del salario real para una porción importante de la población regional, y de la ciudad de Buenos Aires en particular.<sup>10</sup> Esta secuencia (expansión de la distribución de la riqueza, seguida de retracción súbita) plantea desafíos para pensar la impronta de la crisis más allá de los datos que aportan las estadísticas o las comparaciones con otros casos. Los horizontes personales de riesgo no siempre coinciden con los datos objetivos ni con las comparaciones internacionales, y aún nos falta incorporar perspectivas que consideren la condición *relativa* de los sujetos para vislumbrar el impacto con mayor precisión. Mientras tanto, aventuramos que una sociedad donde el ascenso es una experiencia tan reciente (vívda, por ende, como un estado *que no va de suyo*) gestiona la amenaza de la caída económica de manera singular. Que las secuelas en los lugares donde se circula diariamente –menos profundas que en otras regiones del país o en otros países del mundo, pero de ningún modo desdeñables– prestan carnadura a las noticias más abstractas de la miseria y el desempleo en lugares invisibles a los ojos. Que, por irrumpir allí donde el ascenso ha sido una promesa –promesa que guía años de esfuerzo, promesa muchas veces incumplida pero suficientemente resistente–, la crisis puede potenciar frustraciones previas o generar reflejos defensivos. Por estos motivos, la “diferencia” de los años treinta que emerge de estos estudios se parece más al genérico conservadurismo social que al programa de reversión radical de las derechas más articuladas y extremas. Describe la barrera en torno de la flamante casita en cuotas, la defensa de la respetabilidad trabajosamente construida, la proyección de un ideal de orden domésti-

co en el espacio público. Si se aventura raramente más allá de los tardíos años de esa década, es porque para entonces las “tormentas del mundo” han ganado las primeras planas de los diarios, y la gran política relega a la retaguardia buena parte de los temas menos estructurados del orden y el desorden.<sup>11</sup>

La sociedad que emerge de estas páginas es menos apacible que en otras reconstrucciones. Claro que no es la turbulenta Buenos Aires del *boom* económico y la ola inmigratoria: aquella de los desembarcos cotidianos, de obras públicas a medio construir, de conventillos hacinados, de la tensa inminencia de la huelga y los pánicos por la “cuestión social”. Justamente *porque ya no es* esa ciudad-laboratorio, las expectativas de cambio que ganan terreno van en un sentido que es ordenador del fruto de aquella gran apuesta. Y de ese modo, operan como límite de una era del progreso que medio siglo antes ha nacido asociada a consignas de orden, pero ha producido sus propias formas de desorden.

Del amplísimo repertorio de violencias asociadas a los “duros” años treinta, la historiografía ha dado cuenta de lo que es políticamente legible: la represión del comunismo, los fusilamientos de anarquistas, los levantamientos radicales. En otras palabras: las que marcan el camino que va de la democracia al golpe militar, y del golpe a la era del fraude. Volver sobre esta demarcación no es refutar una validez metafórica que tiene apoyaturas suficientes: la figura del estado posgolpe que se va dibujando a lo largo de estas páginas es tan violenta como en otros trabajos; por momentos, bastante más. Me interesa más bien partir de allí para interrogar un repertorio que tiene secuencias más largas y complejas. Para examinarlo, me detengo en el fenómeno del “pistolerismo”, cuya parábola abarca todo el período estudiado, con auge en la década que va de fines de los años veinte a los tardíos treinta. Podría decirse que esta parte del estudio adopta la propuesta de la “criminología culturalista”, que sitúa el delito en contextos de inteligibilidad y estructuras de oportunidad históricamente definidos.<sup>12</sup> Tal agenda, concebida en el marco de análisis criminológicos, no es más que la que indica el sentido común del historiador sociocultural, en términos similares a los que permiten examinar otras prácticas del pasado. Más historiográficos que criminológicos en sus intereses rectores, estos ensayos asumen dicha propuesta *invirtiéndola*: dando por sentada la importancia explicativa de los contextos culturales de la transgresión, se interesan en reponer lo que rodea al delito, puesto a funcionar como llave de entrada a la sociedad del pasado donde nace. En su relación con lo tecnológico, con la *performance* pública, con las fantasías del gran golpe, con los lenguajes del cine y la

lógica de las celebridades, los pistoleros marcan, también, un camino de lo moderno.

Claro que la violencia que domina la escena a partir de 1930 no es la del “pistolero” sino la que proviene del aparato represivo, de la policía. En sus últimos tramos, este libro la convierte varias veces en objeto de observación: ahí está el desvío más grande en relación con su objeto inicial. Preferiría evitar el lugar común de las introducciones que abundan sobre el vacío de conocimiento que viene a remediarse, pero resulta imposible pasar por alto la ignorancia sobre el pasado de la policía que acompañó los primeros pasos de esta pesquisa. Virtualmente desconocida fuera de los estrechísimos corredores de la historiografía corporativa –mal conocida incluso en los trabajos que aluden a las versiones más “duras” y “bravas”, a su imbricación con el poder, a sus figuras siniestras–, la policía de los treinta es recordada por su papel en la escalada de represión política. El dato más conocido es, sin duda, el nacimiento de su Sección Especial perseguidora y torturadora de comunistas. El lector encontrará información original al respecto, aunque no es esta dimensión (que he tratado en trabajos previos) la que más se expande aquí. La crónica de la persecución política –que los archivos ofrecen con sorprendente detalle– está inserta en tramas que indican hasta qué punto la maquinita más brutal del orden fraudulento es bastante más que eso. Y a poco de informarme, compruebo que esas tramas (o tramas comparables) ya tienen una historia de exploración y conceptualización.

Por razones que son evidentes, e inevitables, esa historia no proviene de los países latinoamericanos. El giro represivo de las policías contemporáneas (las de la década de 1970 en particular) ha moldeado de forma excluyente las maneras de pensar el pasado de esta institución, que, en rigor, no ha sido “pensada” sino introducida y eliminada de la escena como un sujeto plano y evidente. Cuando ha recibido atención, su historia ha comenzado por lo más visible, que es también lo más inteligible: lo que la retrata como instrumento dócil (instrumento *puro*) de las fuerzas rectoras de la dominación, herramienta desarticuladora de la protesta social, perseguidora de la disidencia, etc.<sup>13</sup>

El efecto combinado del hermetismo institucional y el rechazo académico (demasiado despreciable para merecer análisis complejos, la policía degrada al cientista social que se interesa en ella, etc.) ha mantenido a este sujeto fundamental muy al margen de la reflexión historiográfica.<sup>14</sup> Apenas comenzamos a confirmar su relevancia y complejidad con un corpus de estudios locales. Felizmente, este libro nace en el marco de

un gran giro interdisciplinario que rápidamente volverá caducas estas afirmaciones. Mientras tanto, los análisis nacidos en otros países (que también son bastante recientes) han generado modelos e hipótesis que pueden ser considerados con provecho, suponiendo (como supone este trabajo) que la policía porteña no es una excepción a todas las reglas.

A medida que se aleja la sombra de las dictaduras militares, las formas más brutales y explícitas de coerción (las que pertenecen a la genealogía del terror de estado) empiezan a ser relacionadas con otras prácticas, como una parte –la más conspicua– de un amplísimo repertorio. Y con el avance del conocimiento, los enormes espacios “vacíos” que median entre los despliegues más traumáticos de la fuerza comienzan a cobrar sentido. Entendida como un ejercicio cuyo amplísimo objeto y cuya amorfa naturaleza se extienden de los grandes escenarios a los rincones más recónditos de la ciudad (la ciudad es su escenario principal), esta historia es más que la enumeración de una faena periódica de gendarmería al servicio de los poderosos.

La inducción del orden urbano ha sido “descubierta” como criterio de observación de la policía gracias a las reflexiones tardías de Michel Foucault. Utilizando una definición muy amplia, como multiforme instrumento del “gobierno de los hombres y las cosas”, Foucault se ocupa de la esencial hibridez de esta agencia y de su íntima relación con el control del espacio y la circulación. La atención que le presta a la “gubernamentalización”, a la cual sitúa en el contexto del desarrollo capitalista del siglo XVIII, se concentra en aquellas técnicas dedicadas a la gestión de las poblaciones, a encauzar la circulación y monitorear dicho flujo. Los gobiernos (sus policías urbanas) procuran maximizar la circulación positiva (mercantil) y minimizar la negativa (delictiva o epidémica). “El espacio de la circulación”, dice Foucault, “es un objeto privilegiado de la policía.”<sup>15</sup> Ese ejercicio tiene mucho de intersticial, se extiende en *series* prolongadas en el tiempo.

La publicación de las reflexiones foucaultianas sobre territorio y población ha inaugurado una perspectiva inmanente de estudios de la policía, que se inscribe en la ciudad. A pesar de las dificultades de acceso documental que limitan la agenda del historiador argentino, esa perspectiva comienza a dar sus frutos. Y a poco andar, descubre que en contextos geográficos o disciplinares donde la influencia de este autor ha sido menos excluyente, las técnicas policiales de intervención en el espacio urbano tienen una considerable tradición de análisis. “Porque la historia de la policía es a tal punto parte de la historia de la ciudad”, decía hace tres décadas el historiador social Eric Monkkonen, “es esencial

que la historia de la ciudad provea el primer y más dominante marco en el que analizar a la policía".<sup>16</sup>

De ese marco, que instala una perspectiva de largo plazo, este trabajo se interesa por aquella definición de la misión policial que emana de un principio utópico de *abolición del desorden*, intervención que tiene muchas instancias y que describe funciones y actividades antes que instituciones. Plantear la pervivencia de una lógica "ordenadora" puede parecer anacrónico en el contexto de un estado centralizado y una policía que se define como "moderna" por su especialización en el combate del delito. Y sin embargo, la investigación fue demostrando hasta qué punto la misión más genérica de mantenimiento del orden sigue siendo decisiva para comprender la intervención policial en la ciudad del siglo XX. Gestora de la circulación, primero, con dos polos organizadores en el congestionadísimo centro y en los bordes jurisdiccionales que separan de la provincia (una separación formulada, cada vez más, en términos de orden y desorden). Luego, agente de un orden "doméstico": que hace limpieza, que da lugar y quita lugar, y es instrumento en la construcción de una forma que va emergiendo de la minucia y la intervención seriada. Policía de las costumbres, consagrada a una práctica *otra* que la aplicación abierta de la violencia, como es la vigilancia del control que una sociedad ejerce sobre sí misma y sus pulsiones: sobre esas formas de comportamiento que dejan de ser aceptables, sobre los excesos del placer y la pasión que deben retirarse del ojo público, sobre el ruido "molesto", la limpieza propia y la del ámbito de circulación, sobre los rincones adecuados para las necesidades del cuerpo, etc. Por último: policía "pastoral", otra concepción de Foucault retomada para observar al vigilante de esos barrios en plena expansión. Es la intervención del poder individualizador de esa inasible fuerza estatal que se ocupa de todos y cada uno. *Omnes et singulatim*: lo bajo, la vida, la población, las interacciones, todo entra en este punto de vista en esencia singularizador. Veremos hasta qué punto esa modalidad sostiene la continuidad identitaria y una razón de ser de la institución, que encuentra su expresión más plena en las zonas fronterizas, en la figura del agente recorriendo esos barrios que cambian semana a semana, donde su poder tiene un carácter más cercano a la tutela personalizada que al ejercicio de la ley.<sup>17</sup>

Al retomar la noción de policía como agente multigestor de la circulación y garante de gobernabilidad, este análisis se coloca en un registro menos abstracto que el que suele informar los estudios "foucaultianos" que se sirven de estas categorías. Procura dar la mayor especificidad posible a las afirmaciones sobre las intervenciones ordenadoras. Ob-

serva normativas y prácticas, más que tratados de teoría policial. Utiliza el concepto de “tecnología” en sentidos precisos: un repertorio epocal hecho de patrulleros, diagramas del espacio urbano, radios o pistolas Colt 45, para usos tan explícitos como la percepción del desorden, la velocidad del movimiento, la circulación interna de la información, la capacidad ofensiva o la conquista de la opinión pública. En todos los casos, las reconstrucciones procuran insertarse en los datos más generales del período. Inscribiendo al sujeto “policía” más allá del campo de los “estudios policiales”, se sirven selectivamente del reservorio de hipótesis que ofrecen la historia, la etnografía, la antropología y la sociología de esta institución. Procuran sacar a la policía porteña de su lugar de pura excepcionalidad, para ponderar su pasado –y el de la sociedad donde interviene– con algún sentido de proporción.<sup>18</sup>

No todo en la policía porteña es intervención negativa, de *freno* del desorden. Las capacidades *productoras* de sentido aparecen bajo la forma de dos preguntas: por las lógicas legitimadoras de la labor policial puestas adentro de la institución, y por el potencial generador de visiones del espacio urbano mediadas por esos periodistas que tanta información obtienen en comisarías y jefaturas. Si en trabajos anteriores me he interesado en la autonomía de la prensa sensacionalista en relación con la fuente policial, el cotejo de los diarios con esa fuente me ha llevado a considerar más seriamente todo lo que *sí* logra pasar la barrera de los cronistas, que es mucho.

Aunque este libro alude alternativamente a todos estos registros del pasado de la policía, cabe advertir que en ningún momento ofrece una historia institucional, y mucho menos una historia política de las cúpulas, empresas indispensables que comienzan a ser encaradas por otros investigadores. La preocupación central está en la relación con la ciudad, y por eso se priorizan temas como el patrullaje callejero, la inducción del orden en el espacio público o la capacidad para generar imaginarios sociales. Aunque no son desarrollados de manera sistemática, a lo largo de este recorrido se identifican síntomas de la problemática cuestión de la relación de la policía con la ley, y *contra* la ley o *fuera* de la ley.

En última instancia, el mayor desvío de la inicial hoja de ruta de la investigación nace con el reconocimiento de la perdurable racionalidad urbana de esa policía contemporánea que apenas comenzamos a conocer. Su intervención en un ámbito que está cambiando tan aceleradamente; su regimentación de las costumbres hecha de represión, convivencia y complicidad; sus maneras de pensar lo justo y lo injusto de ese orden que custodia sin estar del todo separada de sus núcleos de sentido.

Temas, en fin, que plantean otra manera de hablar de esa sociedad de extraordinaria vitalidad donde la policía opera. De Buenos Aires, de sus habitantes. De la construcción cotidiana de un orden.

## AGRADECIMIENTOS

Para evitar los excesos efusivos en los que he incurrido otras veces, me había prometido escribir agradecimientos de ascetismo ejemplar. Pero no puedo cumplir del todo. Este trabajo ha requerido de muchas ayudas, y algunas no pueden ser silenciadas. Aquí estoy otra vez, al final del camino, cargada de deudas que quiero hacer públicas.

La primera es para el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, que financió este proyecto largo y complejo. Ser investigadora en historia es un privilegio grande, que trato de honrar. No por repetida, la expresión es menos cierta: este libro *no hubiera sido posible* sin la estabilidad que garantiza esta condición. En 2008, una beca Tinker me permitió pasar varios meses en la Universidad de Columbia (Nueva York). Allí pude vislumbrar las rutas de circulación de pistolas y pistoleiros, y empezar a pensar la policía en perspectiva histórica.

Los temas que recorren estos ensayos necesitaron fuentes difíciles de obtener, y por eso agradezco tanto a quienes me acercaron datos e información. Algunos están nombrados en los pasajes correspondientes, pero quiero mencionar especialmente a Sonia Cortés Conde, quien suavizó con gracia y generosidad las oscilaciones que me plantearon los repositorios policiales. El equipo de Investigación de Política Criminal del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos puso a mi disposición su flamante base de datos históricos, y de ella me serví. Mi búsqueda fue varias veces simplificada por el personal de la biblioteca de la Universidad de San Andrés. Gracias también a Liliana Ávila por su asistencia en el trabajo de archivo, a Cecilia Allemandi por su intervención técnica en la elaboración de algunos “mapitas”, y a Juan Pablo Canala, que “descendió a los infiernos” en busca de las imágenes tan deseadas.

Amigos y colegas leyeron tramos del borrador y disolvieron en muchas mesas de café la soledad de la investigación. Este libro es mejor gracias a Roy Hora, Isabella Cosse, Juan Carlos Torre, Diego Galeano, Mercedes García Ferrari, Osvaldo Barreneche y Pablo Piccato. En el marco del proyecto PIP “Buenos Aires en entreguerras: revisando un paradigma interpretativo”, Diana Wechsler, Sylvia Sáfta y Alejandro Cattaruzza se



sometieron pacientemente a mis largos borradores sobre la policía porteña y me ayudaron, en gratas tertulias, a poner unas cuantas cosas en perspectiva. También me alimenté del diálogo informal con Sofía Tiscornia, Ricardo Salvatore, Pablo Ansolabehere, Ruth Stanley, Sandra Gayol, Sergio Serulnikov, Marcela Gené, Gabriel Kessler, Alejandro Isla, Cristiana Schettini, Máximo Sozzo, Ernesto Bohoslavsky, Juan Manuel Palacio y Diego Armus.

El espíritu de exigencia y libertad interdisciplinaria del seminario de historia de las ideas, los intelectuales y la cultura “Oscar Terán” (Instituto Ravignani, Universidad de Buenos Aires) sigue siendo, según pasan los años, punto de referencia y fuente de inspiración. Nunca deja de gratificarme el intercambio, afín y contrapunteado, con mis colegas y amigos del grupo organizador: Hugo Vezzetti, Adrián Gorelik, Martín Bergel, Alejandra Laera, Fernando Rodríguez y Jorge Myers.

No sabría cómo describir la ayuda de Sylvia Saïta, que cabe en todas las categorías precedentes, y varias más. Diría que ha sido una compañía intelectual y personal. Que esta empresa hubiera sido muy distinta sin nuestras charlas. Que mi incierta ruta de calles, policías y pistoleros se benefició de su escucha inteligente, de su chispeante curiosidad por mis hallazgos más insólitos, de su noción del archivo que se comparte.

Luis Alberto Romero, director de la colección “Historia y Cultura”, hizo un lugar para este libro, dándome la libertad de siempre. Carlos Díaz recibió (sigue recibiendo) con calidez y entusiasmo los trabajos que propongo. Caty Galdeano prodigó sus finos cuidados en las sucesivas etapas de la edición.

Por afinidad temática y experiencia de investigación compartida, este libro tiene una deuda vital con los estudiantes y colegas del grupo “crimenysociedad”, que coordino junto a Eduardo Zimmermann en la Universidad de San Andrés. Un subsidio PICT de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (“Orden social, estado y cultura legal”) permitió formalizarlo en 2005. Con el avance de las reuniones, fuimos recorriendo un camino minado de interrogantes conceptuales, dudas historiográficas y obstáculos documentales. Aprendimos unos de otros. De a poco, encontramos puntos donde pararnos a pensar algunos problemas, se fueron delineando hipótesis, consensos tentativos. Hoy, que somos más, estamos lejos de nuestro punto de partida, y pronto estaremos lejos del que marca este libro. Mientras tanto, lo dedico a mis compañeros en esas rutas recónditas del delito, la policía y la justicia.

Buenos Aires, octubre de 2011

**lila caimari**  
**mientras la ciudad duerme**

historia y cultura

*Mientras la ciudad duerme* es un ensayo sobre la cuestión del orden en la Buenos Aires de las décadas de 1920 y 1930. En plena expansión demográfica y urbana, modernizándose rápidamente, la ciudad exhibe los frutos de la movilidad social, pero también sus límites y puntas disonantes.

Lila Caimari reconstruye los extraordinarios cambios de la época a partir de dos puntos de observación. Por un lado, la crónica del crimen, jalonada por persecuciones, tiroteos y fugas vertiginosas, a la manera de la historieta de aventuras. Por el otro, los archivos de la policía porteña, que permiten observar las mutaciones del delito y también las de la ciudad. Al incursionar en el universo de la Policía de la Capital (futura Policía Federal), este ensayo observa a los agentes que dicen conocer como nadie lo que ocurre en las calles, que documentan lo grande y lo nimio, que informan sobre la circulación entre la ciudad y su entorno.

Historia del delito e historia *desde* el delito, el libro sigue la ruta de los pistoleros "modernos", aquellos que munidos de armas y autos se esfumaban de la escena del crimen "como en el cinematógrafo". Y se interesa también en el punto de vista del "vigilante de la esquina", aquel que permite inferir cómo se organiza un orden callejero, cómo operan las tecnologías estatales de percepción del desorden, cuán porosas son las fronteras entre lo legal y lo ilegal.